

II Concurso literario Heraldo de los Reyes Magos de cuentos de Navidad para periodistas

Primer accésit

CHRITSMAS ALLEY

Por Mikel Ilundáin

- ¿De qué te arrepientes?

Me mira fijamente y yo le aguanto la mirada. Sé que en su lógica, bajarla equivale a debilidad, la señal para actuar, así que me armo de valor y clavo mis ojos en los suyos. Pasan unos segundos interminables.

- ¿De qué te arrepientes? ¡Vamos dímelo, Timmy!

Repito su pregunta. Conozco sus motivos, sé por qué me pregunta eso y sé perfectamente lo que ocurrirá en el instante posterior a mi respuesta.

Se lo he visto hacer muchas veces a tipos más duros que yo. He visto convertir en flan a gorilas con nervios de acero, a veteranos de guerra curtidos en el horror. Se lo he visto hacer a otros, pero ahora me toca a mí.

- ¿Qué quieres de mí, Joe? Nada te debo. Lo que pasó entre Elma y yo no era asunto tuyo.

Joe no mueve un párpado, pareciera que se ha convertido en una estatua de granito. De granito tiene el corazón, eso es seguro. Y no se lo vaya ablandar dándole al pico.

Las campanas marcan las diez de la noche. No se ve un alma en la calle. En los edificios, suaves luces de tungsteno anuncian calor, paz y felicidad en el interior de las viviendas. En los hogares de la ciudad todo es armonía, pero en este mismo instante yo me estoy jugando el cuello.

Es cuestión de vida o muerte, y sé que mi pellejo vale bien poco después de lo que pasó con Elma.

- Te pasaste de listo, Timmy.

Lo dice con indignación, triste, como si quisiera justificar lo que está a punto de acontecer. ¿Cuándo hizo tal cosa? ¿Cuándo buscó motivos o razones morales para realizar un trabajo? Él y yo los hemos hecho a decenas, y nunca nos hemos preguntado el porqué. Eran órdenes y punto. Costillas rotas, viudas, huérfanos, ruegos que no servían de nada y -en el peor de los casos- cuerpos abandonados en el bosque.

Jamás nos cuestionamos nada, nos limitábamos a cumplir con nuestro deber. Los negocios son los negocios, y basta.

Pero ahora es diferente...

Joe y yo nos criamos juntos. Jugamos en las mismas calles, en el mismo barrio. Mil veces nos partimos la cara el uno por el otro. Juntos crecimos: nuestros primeros cigarrillos, las chicas ... ¿Qué fue del local de Morris? ¿Y de la gorda Kitty? Qué bien lo pasábamos en los viejos tiempos ... ¿Y todo eso no existe? Nuestros recuerdos, nuestro pasado, ¿se van a evaporar por culpa de una mala jugada? No, no puede ser. No debería ser así.

Vuelvo a la realidad del callejón, a las paredes que me rodean, a las ratas que deben de estar celebrando su propia Nochebuena bajo esas alcantarillas humeantes. Incluso ellas tienen un hogar. Sin embargo yo ... ¿Qué he conseguido en la vida? He pasado buenos ratos, sí. Nunca me ha faltado la pasta y, la verdad, siempre consideré unos perdedores a esos tipos obsesionados por formar una familia y que consumen sus días en su afán por mantenerla. Como mi padre.

Sin embargo, esos perdedores ahora mismo trinan el pavo, brindan con champán y cantan villancicos al calor de una buena mesa. En cambio yo voy a morir como un perro en este sucio callejón solitario y humeante. Todo por Elma...

- ¿De qué me arrepiento, Joe? De nada.

Quizás le mienta, quizás le diga la verdad, ni yo mismo tengo clara la respuesta.

Joe ha sacado su pistola y me apunta con ella. ¡Demonios! Fui yo quien le enseñó a disparar en el viejo descampado. Temblaba de miedo solo con coger un arma. Ahora no tiembla.

- Lo siento, Timmy. -Dice al fin-

Cierro los ojos esperando el inevitable fogonazo que me dé el pasaporte. No ruego por mi vida, no es mi estilo. Sabía lo que pasaría si me atrapaban - "Nunca te fugues con la chica del jefe"-, pero aún así mereció la pena. He jugado mis cartas y he perdido. Estoy resignado, conozco el negocio y acepto el desenlace.

Sin embargo, una voz involuntaria sale de mi boca. No hablo, solo susurro, como por reflejos:

- No lo hagas Joe. Es Navidad.

El tiempo se detiene. He oído el estampido, debo de estar fiambre. Abro los ojos, nunca salí del barrio y no parece que me haya ido al otro. Joe todavía me mira fijamente con la pistola en la mano, aún humeante. Veo un destello en sus pequeños ojos negros. Apuntó a la pared, el viejo zorro.

- Feliz Navidad, Timmy.

Se da la vuelta sin esperar respuesta y desaparece. Nunca fui brillante en la escuela, pero sé cuando una jugada me ha ido bien y sé que en esas ocasiones hay poco tiempo que perder antes de que cambie la suerte. Me dirijo a la estación de tren sin mirar atrás. Camino deprisa, digiriendo el milagro.

Me detengo en un teléfono público y marco el número del apartamento de Elma. Le doy una fecha y un lugar. Otra ciudad, otra vida. Un comienzo desde cero lejos de la extorsión, el whisky, los combates amañados, los cadáveres abandonados en el bosque.

- OK Timmy, allí nos veremos... Te quiero.

Me quedo en silencio. No me salen las palabras, nunca fui un tipo que exteriorizara sentimientos. Elma lo sabe y añade:

- Feliz Navidad, Timmy.

No recordaba la última vez que ocurrió, hace unos minutos habría matado antes de reconocerlo, pero algo me pasa. Trago saliva y pienso en las casas con luz de tungsteno y en el olor a pavo asado. Y en mi madre, en mis hermanos, en mi padre. Pienso en la familia por la que se dejó los

huesos aquel hombre al que ya nunca llamo. Pienso en las Nochebuenas felices de mi infancia, a las que renuncié hace mucho tiempo.

Y noto una lágrima, cálida y lenta, recorrer mi mejilla hasta la boca.

- Feliz Navidad, Elma.